

FRAGMENTOS DE ISLA

para dialogar desde la Cuba profunda

SUMARIO

"Cierra los ojos, no respires"

Fragmento de novela inédita

José Alberto Velázquez

Sonia Díaz

Selección de Poemas

Un sorbo de café

en la sutileza de los cuerdos

Acercamiento a la obra

de Rafael Vilches Proenza

Alberto Garrido

Epigramas

**"La poesía cubana
ha tocado fondo"**

Entrevista al poeta José Luis Serrano

**Cómo soportar
una película mexicana**

Carlos Esquivel

**La crítica: ¿Quién le pone
el cascabel al látigo?**

Frank Castell

EQUIPO DE REALIZACIÓN

Director: Frank Castell

Redactor: Jorge Luis Peña Reyes

Ilustraciones: Yahiron Villalobo

Diseño y composición: Leoarmis Ojeda

fragmentosdeisla@gmail.com

EDITORIAL

Otra vez *Fragmentos de Isla* y su viaje a la Cuba profunda. Desde el pensamiento y la creación artística asumimos el compromiso con este tiempo de fracturas.

En esta ocasión ofrecemos la obra de reconocidos autores de diferentes generaciones: Sonia Díaz Corrales y Alberto Garrido que se suman a nuestro proyecto.

También celebramos la presencia de José Luis Serrano, una de las voces imprescindibles de la poesía cubana contemporánea, quien aceptó nuestra invitación a conversar y descubrir su punto de vista sobre la escritura.

Continúan con nosotros Carlos Esquivel, José Alberto Velázquez y Luis Pérez de Castro, lo cual demuestra que hay continuidad, y, por sobre todo, deseos de promocionar la literatura actual, esa que permanece aún sumergida en una zona de silencio.

La autenticidad y el rigor, así como las muestras de simpatías que hemos recibido hasta el momento, nos motivan a continuar. Esperamos que más autores se sumen al proyecto. *Fragmentos de Isla* abre sus puertas.

El Director

“Cierra los ojos, no respires”

José Alberto Velázquez

Fragmento de novela inédita

12-Carrera de conjuradas.

Esa otra vez fue distinto e igual, una dualidad sublime. Es decir, que eran solo mujeres. Que las mujeres eran jóvenes y sexualmente intensas. Algunas casi niñas. Que iban desnudas, desnudas en plena calle y en pleno invierno, desnudas y no lo supimos hasta después, sus despampanantes cuerpos enrollados con papel cartón en los cuales se repetía el mismo alfabeto cirílico y raro-deveras que jamás quise o pude aprender. Y ese día los milicianos, más tranquilos y sin pastores alemanes, parecían dudar, parecían temer. El asesor político fue llamado de urgencia al teléfono. El sicofante chechenio desapareció como bolsa de cereal en épocas de racionamiento (todas las épocas). Vávra y yo soñábamos con la avenida. Todo era silencio y nieve, el olor de que algo está ocurriendo ¿sabes?, algo que te supera y supera a cada uno de los conjurados, de las conjuradas.

— ¿Por qué tiembles?—supongo que le pregunté a Vávra. A penas podía moverse, avanzar. Los de la fábrica de tractores habían hecho un cordón y no dejaban que nadie entrara o saliera. La mayoría de los que formaban el cordón, con el apuro, aún traían consigo llaves *stillson*, enormes y espeluznantes como las de cierto video musical en el que persiguen al tipo a través de la historieta, y él huye, y se encuentra con la amada, y continúan huyendo.

Pero toda la gesta estaba en la avenida. Aún sobre los hombros de quienes bloqueaban la puerta, la visión era espectacular. Figuras pequeñas y bien formadas que a cada tranco menudo consumen un poco de los quinientos no, de los cuatrocientos noventa y nueve metros que las separan de este punto de observación en el que Vávra y yo, con las manos suyas en las mías, o viceversa, las vemos avanzar y a los milicianos no retroceder, aún. ¿De qué forma Vávra dijo Movámonos, busquemos el aire impuro del exterior? Lo cierto es que segundos después recorríamos meandros de aquella *city into city* que era la fábrica, corredores herrumbrosos precedidos por pasillos grasientos en los que no resbalar era imposible, descenso a sótanos en los que vi a alguno de mis compañeros de rodillas frente a otro de mis compañeros, ascensión a áticos en los que vi dos mujeres



El dogma que es tener respiración

acostadas una encima de la otra abrazando las piernas de la otra. Por fin llegamos a una falsa azotea. Dos monstruosos (este es el país de Lo Monstruoso) tanques con agua hirviendo, para qué, no sé, dormitaban como detestables gemelos. Y allí nos ocultamos, aunque no hacía falta. O quizás sí (este era el país de los ojos por doquier, o El Gran Ojo Insomne). Pese al sabroso calor que se desprendía de los tanques, las convulsiones de Várvra no menguaban.

Pensé en ceñirla y en sus chillidos si lo hiciera. Pensé en darle de fumar para que calmara sus nervios, pero no había. Pensé en abofetearla y sentí una lástima inmensa.

Desde nuestro observatorio vemos cómo milicianos se acercan a la puerta de la fábrica e intercambian frases y cigarrillos (tal vez órdenes y armas) con los obreros. Ríen, vuelven a sus posiciones.

—Aquí es, probablemente, donde descubres que estás enamorado de ella—dice Diego.

—No sé. Hasta entonces yo creía que estaba enamorado de Reina. Mi modelo de mujer *amable* era otro. Pasaba por esa que vi atravesada por dos tipos, por la reina de mi niñez, con mayúscula o no, y la otra, la de la lluvia y los caballos, es decir, la misma. Várvra era muy diferente. Tenía manchas en la piel. Su pelo era quebradizo. La boca le olía bien, pero el olor su respiración no siempre era agradable. Sin embargo parecía merecer cada milímetro de vacío que ocupaba en el puerco mundo. Era ella o nada. Si no estuviera muerta. En fin.

—¿Y esta? —pregunta Diego señalando el círculo en la cabeza sobre el que ha escrito un nombre, y prefiero seguir hablándole de la nieve seca, los metros que ahora deben ser muy pocos, ellas siguen en silencio con sus cuerpos a punto de estallar dentro de sus vestidos de papel. Hay momentos en que la PERFECCIÓN no es asunto de líneas o volumen, ellas estaban allí y costaba crearlas de tan absolutas. Yo tenía una erección insoportable, y también Várvra (y ellas, los milicianos, los obreros a la puerta de la fábrica) tendrían que estar excitados.

—Lo peor es que tuve orgasmos. Mientras me golpeaba y me hundía sus dedos y su pene rijo por todas partes, no dejaba de tenerlos—me confesó con su idioma autista meses o días u horas antes de morir atropellada.

No creo en el tiempo ni en el espacio. Siguieron adelante, un paso y luego otro, pero ya no avanzaban. A veces la realidad impone sus propios códigos, y nosotros nos atrevemos a llamarlos absurdos porque arremeten sin piedad contra aquellos que nos enseñaron los abuelitos, los maestros a destajo, la gente del libro. Así este papel se moja y no se rompe. Así esta nieve no moja. Así Várvra se toca porque piensa que no me doy cuenta. Así ellas caminan y la distancia que las relaciona con los milicianos no disminuye.

—Aquí falta algo—por primera vez Diego, gesticulando con fuerza, olvida su personaje.

—No entiendo, qué podría faltar.

—Sí, claro que entiendes. Várvra.

—Qué importancia podría tener...

—Para ti sí, para ella sí.

—...que ella me hubiera dicho: “Nos moríamos de hambre. Todo ocurrió muy rápido. Cuerpos colgados en los árboles, cuerpos crucificados, niños que se quemaban las pupilas para mendigar. La *Deep China*, como decían los misioneros británicos, quienes también murieron. Por mi madre pagaban realmente poco. Por la niña ofrecían algo más, un rostro aborigen pero con ojos azules, pelo tan largo y fino como su cuerpo. Y había que sobrevivir en aquel infierno de adolescentes armados con estacas y viejas enloquecidas que se arrojaban con felicidad a las hogueras. Fuimos a ver al médico. El médico nos preguntó si estábamos seguros. Mi madre respondió que sí. Recuerdo el color de la sogá con que me amarraron entre las piernas y el cuchillo curvo. El brebaje que me dieron para el dolor y el médico preguntando otra vez si estábamos seguros y sí, el chorro de sangre, la cánula de plata, la interminable agonía en espera de que la herida fuera cicatriz, de que mi pobre río no se secase, mi madre pidiéndome perdón llorando de alegría cuando pude orinar sin la cánula, ya estábamos salvadas”.

En la avenida, las mujeres comenzaron a moverse de nuevo. Los milicianos y los de la fábrica intercambiaron los últimos cigarrillos y frases. Es increíble cómo se huele el peligro. Es un olor real, que viene de *fuera* y no una iniciativa del cerebro. Várvra había dejado de temblar, de tocarse. ¿Sonreía? Entonces ocurrió el primero de los prodigios. Por el horizonte comenzamos a ver un puñadito de

insectos acercándose a la escena. Probablemente solo eran visibles para Vávra y para mí. De todas maneras prefiguraba un Apocalipsis. En pocos segundos los insectos se transformaron en siete MiG 23 en vuelo rasante. Una distorsión del contexto y tanto las mujeres (hubo un síntoma de pánico) como los guardias (permanecieron firmes) lo vislumbraron. Ahora, con su proverbial destreza, ametrallarán a las chicas y asunto concluido, plomo contra terciopelo. Los MiG 23, al acercarse, redujeron de golpe la velocidad, levantaron los morros, y el humo empezó a salir de sus cañones. Un momento mágico. La batalla de las naciones. Gog, Magog, la bestia que sale del mar, los dos olivos siendo decapitados, la vuelta al tiempo de la fantasía y la sangre. Agarré a Vávra por la cintura en el último instante, cuando era una brizna de hierba a punto de abrazar la Nada y romperse contra la avenida. Los aviones recuperaron su magnífica velocidad, y (este es el segundo prodigio) el humo que vomitaban no era el predecible. Comenzó a alargarse en el cielo, eran colores, varias hileras por cada avión. Creo que *todos* aplaudieron. Hasta nosotros, entre los tanques de agua hirviente.

—No jodas, chico. Eso es un poema.

—El arco iris después del diluvio—susurró Vávra—; el Nuevo Mundo, peor o mejor, pero nuevo. Igual que el pasto que sale cuando la estepa se ha quemado.

—Me parece recordar algo de eso, chico. Sin pormenores, sin pormenores. Fue un año tremendísimo. Un parte aguas. Una cagazón de siete pares.

—Aquí los guardias dudaron más, y las chicas, envalentonadas, se les encimaron. Al principio, tranquilidad. Ellas les pegaban el rostro a los tipos y ellos gritaban con las manos pegadas al cuerpo. Nunca vi, ni en los libros, tanto valor. Hasta que los milicianos quisieron detenerlas, arrancarles los carteles que llevaban sobre el cuerpo y quién sabe qué dirían esos carteles. Tercer prodigio: la desnudez de cientos de muchachas en la avenida. Sus cuerpos blancos y sus figuras amplias haciendo retroceder el espacio. Las manchas leves y oscuras de sus pubis. Oh Dios. Otra metáfora, como la de Reina. Como la de mi madre entre dos hombres y el caballo de madera o los caballos de miedo que nadan a toda prisa porque *saben* que el agua hará que

se desangren más rápido. Como otras que no quiero mencionarle, Diego. Es imposible vivir en un mundo así. Un mundo de cabezas que no pertenecen a sus organismos, cabezas cortadas, cabezas con una órbita y una flecha y un nombre. Para qué los nombres, los libros. Ninguna de ellas lo tenía, y allí estaban. Más reales que el Cielo en un país sin Cielo. Y los proletarios en espera de la orden para sumarse de forma voluntaria, usted sabe. Y Vávra con un brillo en los ojos que nunca antes vi ni veré después, porque morirá atropellada y yo no me mantuve acuartelado como dispuso el instructor político y me llevaron a mi casita. Ella sí comprendió: el arco iris que sale de aviones *caza* y la desnudez frente a los uniformes. *Cuando escuches el trueno, ¿se da cuenta?* Tercer y último prodigio: los guardias, para defenderse, manotean. Muchachas que caen diez veces menos rápido de lo que demoran en levantarse para recibir la otra vacilante bofetada de cien kilogramos. Y, aquí va, los hombres del taller irrumpen en la avenida. Vávra pestañando de sueño. La frialdad yéndose, ¡pum!, y con ella el oxígeno. El clímax total, pero a través, como siempre, de una pantomima heroica: los milicianos, en cámara lenta, amagaban con sus bastones; los obreros, con sus llaves *stillson*, gesticulaban *frente a los milicianos*, es decir, que allí estaban, protegiendo a las chicas desnudas, el potrero en llamas.

—Esto no es oficial todavía: tenemos que irnos para Cuba. Roberto, Francisco, Víctor, vengan conmigo.

Ya no era solo yo el que tendría que regresar. Estaríamos “acuartelados”, ignorando cualquier provocación. Sobre todo, insistía, bajo ningún concepto abandonáramos el albergue.

—¿Y las motos?

—Ya no habrá motos. ¡Patria o muerte, cojones!

—...

—¡Patria o muerte, dije!

—¡Venceremos!

En la avenida, mientras la lucha continúa, los cuerpos de las muchachas relumbran en la oscuridad reciente

MINOTAURO

*Una vez en Creta
un rey tuvo un minotauro
que me sigue a todas partes
se precipita conmigo al vacío
y se queja de su perpetua cabeza de monstruo.
La solución está
en dejarle prestada mi cabeza
para que minotauro vea el mundo
sepa de sus gripes y ansiedades
de su alarmante brillantez.
Sepa en fin
que toda cabeza es una pequeña monstruosidad
y que al final de todo
siempre puede haber un laberinto.*

SEIS HORAS DE DIFERENCIA

*Son las diez de la mañana
y del otro lado del mundo duermen
estas seis horas de diferencia
de atraso
de disminución
de franca desesperanza
aún en los relojes.
Son las diez de la mañana
y alguien
me ha recordado de modo despectivo
que aunque despierte seis horas antes
en realidad sigo siendo de allá
del otro lado del mundo.*

Poesía

Sonia Díaz

SEGUNDA LECCIÓN PARA DEJAR CAER
UN PÁJARO SOBRE LA BORDA

*Los psiquiatras dirán que estás histérica
los endocrinos dirán que menopáusica
los sacerdotes que en una evidente crisis de fe
los demás dirán que ahora sí
que estás de atar.
Quizás alguno diga: venga llora
y pondrá su hombro.
Pero nadie
absolutamente nadie
sabrás de qué te mueres
qué profunda tristeza te demencia
y seguirás mirando caer los días del olvido
como lentos pájaros sobre la borda.*



DEFENSA DE JUDAS

Me vieron partir amordazada
 mustia
 carente
 maldecida
 solo me llevé el amor
 y su lastre.
 Me fui besando al amor
 me fui besando a los amigos
 besando a mis padres y a mi hijo
 siempre para irme
 o para que se fueran.
 Me fui
 y los que estaban mientras me iba me olvidaron
 los que no estaban me olvidaron
 levantaron una horca
 para regalármela al regreso.
 El amor se volvió máscaras y metamorfosis
 se volvió pérdidas
 olvido rotundo
 del que borra.
 Aunque sabía de su lastre
 me fui besando el amor.
 Me fui besando
 y me llamaron Judas.
 Me fui sin una sola moneda
 con las uñas impecables
 listas para arañar la piedra de mi exilio.
 Predijeron que moriría sola
 en la peor de las miserias.
 Estoy adiestrada para cumplir ese designio
 inequívoco y torvo
 voy aprendiendo a diseccionar en partes las
 miserias
 miserias distintas a las de aquella predicción
 pero que a todos nos compensan.
 Solo la muerte se demora.

PRIMERA LETANÍA SOBRE LA MUERTE

Para V.B.

Y cuando muera
 no dejen que vengan los extraños
 a inclinarse sobre mi rostro
 a disecarme el alma
 como un gladiolo mustio,
 a hacer sus comentarios sobre mi cáscara
 a lamentar mi cáncer
 tomando un café de funeral
 gratuito y apoteósico.
 No los dejen
 quedarse a fingir
 que fueron mis amigos
 que alguna vez me vieron mansa
 me vieron bella
 me vieron llorar
 me vieron desnuda
 o dulce
 o mesurada.
 Cuando muera
 puedo darles mis vísceras
 quedar detenida y vacía
 como un tiesto lleno de agujeros.
 Pero no los dejen
 a los extraños
 maquillarme un rostro de viva
 peinarme este desorden que traigo desde siempre
 no los dejen
 a los vivos
 hacer su pobre juicio a mi favor
 su tinte de acabado
 sobre mí.



Un sorbo de café en la sutileza de los cuerdos

Luis Pérez de Castro

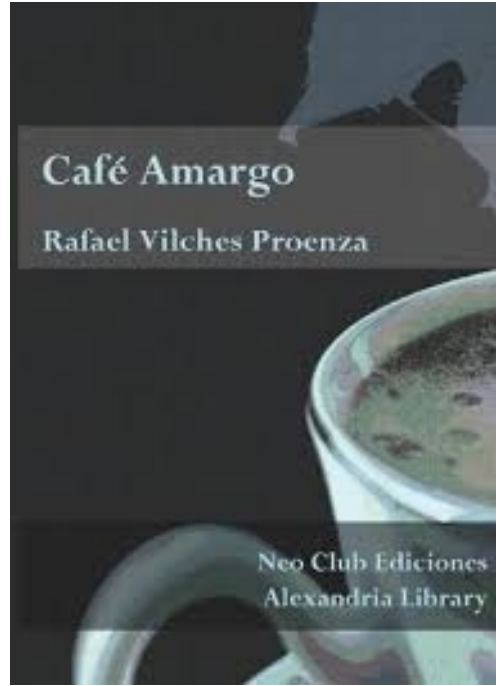
Para todo cubano, sin importar hora ni zona geográfica, no hay nada más importante que una taza de café. Unos lo prefieren con mucha azúcar, otros con poca, y otros, entre los que me encuentro yo, amargo. Y este es el caso que me ocupa, el poemario *Café amargo*, del poeta Rafael Viches Proenza, publicado por la editorial Neo Club Ediciones y Alexandria Library, Miami, Estados Unidos, 2014; y estructurado por 45 poemas y un prólogo perteneciente al también poeta Luis Felipe Rojas, donde, con sutileza elaborada, nos dice: “Yo creo en la resonancia de las palabras, en esa juntura múltiple que aparece después de un verso bien hilvanado y en este Café amargo hay más de una riqueza”.

Quién hurga en el corazón.

Café amargo es una exhibición de la propia intimidad –que puede ser la de todos- de su autor, contextualizada en un mundo recreado de imágenes y metáforas desgarradoras, en un mundo atiborrado de marcas sociales, culturas inmediatas y discursos vacíos. Es esta historia intimista el retrato ¿moroso? y reflexivo de los desencuentros, pérdidas e incomprendiones sufridas por Vilches, también su inclinación gozosa por los ritmos y léxicos del habla cotidiana.

Cuáles el camino.

Es este libro una suerte de máquina cerrada, en buena medida endogámica, y donde se describe, en códigos fáciles de descifrar, el nuevo rumbo de una poética más reflexiva, más cercana al ser que somos, tal vez al animal que no permite enmascaramientos ni ser sustituido por cierto cosmopolitismo excéntrico, siempre subordinado a la cifra contable y a la palabra engañosa, pero que nos



permite, a la vez, diseñarnos otros espacios para reconocer en ellos la distancia, la inaccesibilidad (en ocasiones perdurable) y el desencuentro.

Qué esperanza nos cobija.

En este afán de construir versos a través de la reflexividad se concentra, por una parte, la ardua tarea de Vilches de describir su preocupación por explorar y recrear paisajes y personajes exóticos, siguiendo, en algunos casos, la huella concreta de referentes históricos o geográficos existentes y, en otros, simplemente imaginándolos, con la intencionalidad de producir lo que pudiéramos llamar un efecto de alteridad o extrañación.

Qué hogar nos protege del inminente trueno.

Esta tendencia hacia una suerte de re teorización de los recursos realistas, indicando así la aparición de un uso epigonal de esos recursos, no muestra, para bien de la poesía y satisfacción de los lectores, un

desgaste de la efectividad expresiva o estilística de los mismos.

Qué voz amansa nuestra soledad.

La creciente modificación y readaptación de los recursos realistas manifestados en todo su interior poético, como son referentes concretos, marcaje léxico y toponímico, datación histórica, reproducción del habla regional y exploración de la cotidianidad, no provocan ruptura, sino una reformulación de sus principios a la luz de nuevas estrategias, intencionadas o no, pero logradas por el autor. Entre estas estrategias me gustaría destacar, por su importancia, tres: 1) La exploración histórica y documental para diseñar los poemas, recurriendo siempre a elementos formales y temáticos proporcionados por la tradición lingüística o de la cultura a la que pertenece; 2) La recuperación del carácter lúdico de la actividad poética, sin otra finalidad que el juego mismo ya no solo con la escritura, también con el lector; y 3) La creciente, y bien lograda, dramatización de la escritura en su conjunto, es decir, la tendencia a configurar el poema no ya como el producto de una confesión directa de la propia existencia, real o imaginada, sino de la expresión de esa misma experiencia a través de máscaras poéticas y voces simuladas.

Qué mano ahuyenta los sueños a la noche.

Estas tres estrategias se vinculan de manera bastante estrecha en todo el ejercicio escritural. La exploración constante del pasado histórico o de los orígenes de la literatura responde, en parte, a la necesidad del autor de escapar a la tal vez ya saturada fijación sobre la realidad inmediata, o sea, describirse tal cuál es, evitar por todas las vías posibles un retrato hablado de su yo interior; y al intento de buscar nuevos moldes expresivos distintos a los de la coloquialidad.

Qué labios auguran la luz.

Estrategias estas ligadas, al mismo tiempo, con la necesidad de asumir personalidades

distintas en el poema y recurrir, por ello, al empleo de máscaras y voces apócrifas para encubrir el origen de la enunciación y así escapar a la no bien preponderada identificación biográfica, por un lado, y, por el otro, con la tendencia lúdica a la parodia, entendida como burla a los principios de (au)toridad y de identidad aplicable tanto al mismo poeta como a los sujetos históricos o literarios.

Quién nos sacará ilesos del calvario.

De este modo Vilches, de manera intencionada o no, logra con destreza recuperar ciertos recursos tradicionales, pero quizás poco utilizados en la poética anterior, o solamente apuntados en ella, como los del monólogo dramático, por ejemplo, para exponer sus estados anímicos o sensuales, sus deseos, añoranzas y frustraciones, o su memoria en el poema.

En mi pecho los gladiolos enmudecen.

Como toda poesía no es más que una forma de reinventarse una vida, una identidad. En *Café amargo* esta poesía no es más que la elaboración en clave ficticia de una experiencia de vida, y su protagonista, Rafael Vilches Proenza, es, en mayor o menor grado, un personaje más inventado, otra identidad alejada de toda tendencia confesional. Y me alegra que así sea, pues de esta manera, intencionada o no, como dijera con antelación, logra hacerle reverencia a lo dicho por Jaime Gil de Biedma en su libro *El pie de la letra*, sobre el hábito de la literatura como vicio de la mente y otras ociosidades, cito: "Cuando el poeta habla en un poema, quizás no hable como personaje imaginario, pero como personaje imaginado siempre". Esta es la taza de café para todo buen cubano. No importa si nos llega del lejano París o del cada vez más cercano Miami, solo importa saber absorber su aroma, la voz del poeta que le habla a una multitud, crea un personaje que habla a otros personajes, que somos todos.

*Las cursivas son el poema *Reclamo*, página 23.

Alberto Garrido

Fin de año

Puedo quererte.

*Al menos no está entre las leyes
del país.*

Poema del regreso

Regresé a mi pueblo veinte años después.

*Las mujeres que amé son la sombra
de las mujeres que amé.*

*Me miraron como si yo fuese
la sombra de un hombre.*

Sólo una sombra.

El tiempo suele ser más cruel que la muerte.

Revelación

Una estrella, otra.

Lluvia de estrellas.

No pidas un deseo, amor:

Es el fin del mundo.

Ulises

*Me bajé del primer tren. La estación, idéntica,
aunque sin los sauces de la calle mayor. Solo una
mujer meneaba su abanico en un banco lejano.*

*De pronto, ella volteó la vista. Corrió, volaron
hasta mí sus tacones, su bolso de piel marrón que
olía a años.*

"Ulises", dijo.

"No", respondí: "Tú no eres a quien yo busco".

Salomónica (A imitación de Woody Allen)

El vicio de las mujeres es el más fácil de dejar.

Ya lo he dejado mil veces.

Monterrosicidio

*Cuando desperté, la dinosauria
todavía estaba allí.*

La flautista de Hamelín

*Comenzó a tocar la flauta: un soplo dulce y
cálido, la música de sus dedos in crescendo.*

Las ratas se aquietaron.

*Entonces, ella se alejó, perseguida por todas las
flautas de la ciudad.*

Idilio

Él coleccionaba libros.

Ella coleccionaba escritores.

Eran la pareja perfecta.

División de bienes

*Me quedo con tu boca, tu pelo, tus ojos,
tus hombros, tus senos, tus nalgas, tu sexo.*

Con tus pies, tu risa y tu corazón.

Llévate, si quieres, todo lo demás.

Ishshah

*Por crearte
estoy dispuesto a dar
otra costilla.*



Nocturnidad de Penélope



“La poesía cubana ha tocado fondo”

Entrevista al poeta José Luis Serrano

*Conozco a José Luis Serrano desde hace casi veinte años. Había leído unas décimas que ponían de manifiesto que algo nuevo se gestaba en la poesía cubana de los noventa. Por ese entonces yo era estudiante en el Instituto Superior Pedagógico **Pepito Tey**,*

de Las Tunas y quedé impresionado con la forma de asumir el discurso poético de aquel hombre de barba pronunciada y versos sencillos y a la vez profundos. Hoy es una de las voces distinguibles en el panorama literario de Cuba. Conversar con él alimenta el espíritu.

Por Frank Castell

*Desde que se publicó el libro **El mundo tiene la razón**, escrito junto a Ronel González, comenzó un ascenso en tu obra. ¿Cuánto significó esa experiencia?*

Ese libro es mi primer encontronazo con la escritura poética. Antes había perpetrado algún que otro libelo, pero es aquí donde tomo conciencia de qué cosa es un poema. Uno escribe poesía por muchas razones, en mi caso siempre me ha interesado la búsqueda de una especie de conocimiento poético. El poema es un instrumento que sirve para explorar zonas inaccesibles para la ciencia o la religión, inaccesibles incluso para otras formas de arte como la plástica, la danza, la música, etc. Cuando hablo de poema me refiero a ese receptáculo compuesto por palabras. No vamos a caer en la bobería de que una puesta de sol o una muchacha en biquinis son encarnaciones del poema. Entonces, para ajustarme a tu pregunta, es con la escritura de **El mundo tiene la razón** que logro apropiarme de algunas claves esenciales para componer décimas. Había en

mí desde mucho antes una especie de predisposición genética para el octosílabo. Esta matriz sonora estaba incrustada en mi ADN, vaya usted a saber por qué secretas circunstancias. Aunque mi infancia transcurre en un entorno rural, no me considero un individuo sobreexpuesto a los rigores del metro y la rima. De repente aparece **El mundo tiene la razón** y el panorama de la décima escrita en Cuba se vio afectado radicalmente. Han transcurrido dos décadas y se han hecho más visibles las marcas de este libro en el discurso de disímiles autores. Haber protagonizado esa revolucioncita junto a mi hermano Ronel González me hace feliz.

*Luego ganas un premio y se publica **Bufón de Dios**, título que aún es visitado por estudiosos y poetas, a tal punto que fue reeditado hace poco más de tres años por Ediciones La Luz. ¿Cuál es su esencia?*

Después de **El mundo tiene la razón** urgía la publicación de un libro en solitario. En año y pico había escrito quince o veinte décimas

nuevas. Mi ritmo, contrario a lo que pudiera pensarse, siempre ha sido lento. Mis acarrees imaginales precisan de prolongados esfuerzos. Así que me coge el año 97 sin el anhelado libro en solitario. ¿Qué hice? Desarticulé las décimas publicadas en **El mundo...** y les añadí lo conseguido hasta la fecha. Eso es **Bufón de Dios**, una suerte de refrito del libro anterior. Sin embargo, al darle una arquitectura distinta y en cierta medida remasterizar los textos ya publicados, me di cuenta de que aquello adquiriría otra sazón. Las líneas principales de mi poética son perfectamente discernibles en **Bufón de Dios**. Esas tres o cuatro obsesiones que van a tener un desarrollo fractal en mis proyectos posteriores, ya están contenidos en **Bufón de Dios**.

Hay un aspecto en tu obra que la diferencia de la del resto de tus contemporáneos: el desenfado y la profundidad del discurso. ¿Por qué?

Lo de profundidad en el discurso me halaga, pero no estoy seguro de que sea real. Me parece más bien que he logrado un efecto de profundidad. Utilizo constantemente abstracciones lógicas, mezcla referentes, contamina discursos y esto genera espontáneamente un efecto de profundidad. Si te fijas bien, hay un desplazamiento paulatino de la intertextualidad hacia la interdiscursividad en mis poemas. Muy temprano me di cuenta de que la poesía es bastante ineficaz a la hora de elaborar constructos capaces de generar interpretaciones más o menos aceptables del mundo que nos rodea. El trabajo de la poesía debe ir en otra dirección. El poeta debe poner en cuestión los lenguajes del poder y, cuando digo poder, no me refiero, obviamente, a los tegumentos y viscosidades de los podercillos

que rigen nuestra inmediatez. Me refiero al PODER en mayúsculas, con toda su maquinaria de dominación simbólica. El poeta tiene que ser capaz de encontrar puntos vulnerables en las construcciones lingüísticas del poder. Hace poco pasaban un documental sobre Donald Rumsfeld que me impactó profundamente. Este señor, que ocupó el puesto de Secretario de Defensa de los Estados Unidos, hacía referencia a un “Diccionario del Pentágono”. ¿No te da miedo? Allí se gestan términos tan seductores como “guerra preventiva”, “patrocinador del terrorismo”, “daños colaterales”. Está muy claro, y el que quiera profundizar en el tema puede buscar el acápite “Las escrituras políticas”, en el **El grado cero de la escritura**, de Roland Barthes, que los políticos de aquí, allá y acullá hacen un uso muy particular del lenguaje. La pincha del poeta es dismantelar todo ese bodrio. Ahora, no puedes subvertir un estado de cosas utilizando los mismos fierros de tu contraparte. Es ahí donde interviene eso que llamas “desenfado”. La ironía, la parodia, lo escatológico, lo bajo, lo soez, lo antipoético son herramientas que uno deja caer como al descuido en la eficiente maquinaria simbólica del PODER. Ya que no tenemos (Dios nos libre) acceso a los paneles de control de esa infausta fábrica de lo absoluto, por lo menos podemos generar pequeñas perturbaciones en el sistema.

La décima te permitió hacerte de un nombre en el panorama literario del país. Premios como el Iberoamericano de Décima Cucalambé y el Fundación de la Ciudad de Santa Clara te reafirmaron como un poeta de referencia. ¿Cuánto le debes a la décima?

La décima es una bomba lógica de extraordinaria capacidad destructiva. Su

implacable geometría permite elaborar construcciones sencillamente devastadoras. Una décima bien escrita puede superar en kilotonos a un excelente ensayo de 300 páginas. Cuando una décima alcanza su mayor estabilidad, las cosas que plantea se tornan irrefutables. Ahora, décimas de 25 kilotonos no se escriben todos los días. Tampoco hace falta. La cosa está en conseguir poemas que socaven las logomaquias del poder en todas sus escalas y manifestaciones.

En 2005 publicas El yo profundo, libro que planta bandera porque sorprende la contundencia de sus sonetos. ¿Cómo surge la idea de asumir el soneto para canalizar las alegrías y tristeza sin caer en la monotonía?

Bueno, el soneto es un artefacto mucho más peligroso. Su capacidad de destrucción es prácticamente ilimitada. Es un misil de largo alcance. En mi caso el soneto llegó tras largos años de experimentación con la décima. Te dije que el octosílabo es parte de mi material genético. El endecasílabo es una cosa muy distinta. Es un metro totalmente ajeno a nuestra lengua. Decía Octavio Paz que quien pronunciara un endecasílabo en la Andalucía del siglo XII, habría sido simple y llanamente incomprendido. En nuestro país tenemos la espléndida tradición sonetística del XIX. Fíjate en una cosa, hasta los poetas menores de ese siglo lograron casi siempre dar en el clavo con el soneto. En el siglo XX se descuajeringa la cosa. Los posmodernos, los vanguardistas, los coloquialistas, los poetas de la Revolución Triunfante, los poetas de la tierra, los pseudocontestatarios de los 80. Un montón de disloques nos apartaron de las formas clásicas. Muy lentamente nos fuimos reorganizando: **Una parte consiente del crepúsculo**, de Naborí; **Sonetos a Gelsomina**,

de Novás; **Consumación de la Utopía**, de Ronel; **El lobo y el centauro**, de Curbelo, son hitos que contribuyeron a la recuperación del trabajo con el metro y la rima, sobre todo esta última. Toneladas de poesía métrica se ha comercializado con el rótulo de verso libre. Así las cosas, decidí que no había mejor camino para mi escritura que el soneto. Una estrofa de probada eficacia que exige del poeta una preparación más que rigurosa. Quien escribe sonetos tiene que conocer a fondo las posibilidades de la lengua. El mero dominio del endecasílabo en sus diversas modalidades supone años de entrenamiento. Es muy fácil tupir con unos parrafitos amorfos donde se dicen cositas calientes. El soneto no te permite pasar gato por liebre.

Desde Holguín, con Holguín y por Holguín, escribes tu obra. Sin embargo la resonancia es amplia en gran parte del país. ¿Cómo asumes que tu poesía provoque a tantos jóvenes a asimilar tu universo?

Pudiéramos decir también “contra Holguín” y “a pesar de Holguín”, para ser un poco más inclusivos. Es cierto que muchos jóvenes se han interesado por explorar guardarrayas expresivas que, en cierta medida, he contribuido a deslindar. Me lo dicen las citas explícitas e implícitas, las dedicatorias, las apropiaciones debidas e indebidas, en fin, eso que Carlos Esquivel llama muy acertadamente “depredación”. No te voy a negar que me hayan llegado a molestar un poco, sobre todo cuando algunos de mis entusiastas se empeñan en descalificar el trabajo que los ha inspirado para lucir originales. Sin embargo, pienso que el saldo es positivo. Una obra está viva en la medida que es capaz de suscitar adhesiones, negaciones y replanteos. Odio quiero más que indiferencia.

La madurez de un poeta es un asunto que en ocasiones es difícil interpretar. En tu caso, ¿cuán cerca estás?

Mira, ese es un asunto muy delicado. El sentido común tiende a tildar de inmaduro al tipo que corre determinados riesgos. En sentido general se llama madurez a lo que no es otra cosa que anquilosamiento. Usted comienza a repetirse y a eso se le llama estilo. Me preocupa mucho alcanzar eso que llaman madurez. Hay un antídoto infalible contra la madurez: el juego. En la medida en que vayan apareciendo mis últimos libros verás cuánto he apostado a esa baraja.

Eres un cuestionador, un poeta que pone el dedo en la llaga con un estilo en el que sobresale la ironía y el acercamiento filosófico a una realidad a ratos cruda que casi es implacable. ¿Por qué?

En la parte visible del iceberg (lo ya publicado) las cosas funcionaban más o menos así. En los últimos años sigo hurgando en la llaga como al principio, sigo haciéndome el filósofo, pero es una escritura mucho más abierta, aspiro a conseguir una literatura que se emancipe de los lastres de la causalidad y el racionalismo ramplón, sin dejar de afincarse por ello en la objetividad aplastante del mundo que nos tocó habitar. Te hablaba hace un rato de las relaciones entre poesía y poder. Es claro que el lenguaje se ha convertido en un instrumento de dominación global. Se habla de un supuesto imperialismo de la visualidad, pero eso es discutible. Las palabras siguen teniendo una importancia crucial en el enredijo de transacciones culturales y contraculturales que nos atenaza por todas partes. No nos queda otra salida que seguir hurgando en la llaga, mi querido Frank.

En la Cuba de hoy hay marcadas diferencias entre lo que se promueve y lo que es, en realidad, auténtico, fundacional. ¿Cómo valoras la poesía cubana actual?

Menuda celada me has preparado. Voy a meter la pata hasta la ingle: La poesía cubana ha tocado fondo. En estos precisos instantes puedo decirte que hay libros inéditos que pueden cambiar las tornas. Pienso en *Una jodida noción del invierno*, de Edurman Mariño, *Ghetto*, de José Alberto Velázquez o *La autopista cero*, de Carlos Esquivel. Lo que pasa es que sus respectivas poéticas no encajan en las líneas dominantes del poder literario. Estas cositas las mastica Bordieu en su ensayito sobre el campo literario. Así que no vamos a pedirle peras al olmo seco hendido por el rayo y en su mitad podrido.

La obra continúa, libros por llegar. ¿Qué proyectos están en la mira de José Luis Serrano?

La Editorial Oriente acaba de publicarme *Más allá de Nietzsche y de Marx*. Este libro es el módulo central de un proyecto mucho más ambicioso: "Trilogía acéfala". Muy pronto aparecerá por Ediciones Holguín el título que abre la saga: *Geometría de Lobachevski*. En estos precisos instantes doy los toques finales a *Los perros de Amundsen*, libro que cierra la trilogía. Han sido diez años de duro laburo, hermanito. Me parece que voy a perder y ganar lectores con este proyecto y, cuando hablo de lectores, no me hago ilusiones, estoy claro de que mis acólitos nunca pasarán de diez. Más que suficiente.

Cómo soportar una película mexicana

Carlos Esquivel



Este onírico rasguño en mi tristeza

Lo peor es que vuelas de La Habana a Madrid y que te caiga como compañero de travesía el insigne escritor Oliva. Porque yo había decidido no verlo más, y de toda la mala suerte de este mundo a mí me toca la de culto exagerado, la que puede servir de muestra en una exhibición rimbombante de “Las peores malas suertes del Universo”, y la aburrida Expo de París renunciaría ante el maquillaje de marketing de esta, su pegada como recto de derecha de Mike Tyson.

Un poco menos peor de lo peor es que el viaje sea bajo lluvia y que para colmo la azafata quiera tirarse fotos con todos los pasajeros, largo preámbulo a disquisiciones agoreras de fatal presentimiento: terroristas han tomado el mando del avión, el avión cambiará su curso, la nave aérea carece de combustible para llegar a su destino.

Pero resulta que la azafata es chic, sólo eso, que hasta puede ser peor, porque en todo el trayecto hablará de sus conexiones con los muertos de su familia y regalará cocteles hechos con ron y sangre de pantera.

Hasta ahora el insigne escritor Oliva no ha abierto su boca de charro amaestrado, sólo lee un periódico y se traga el palpitante precio del petróleo, los objetos voladores que cubren una ciudad de fotos difusas.

Pero abrirá su boca de Carpentier alcohólico.

Entonces pregunta:

— ¿Si fueras tú y no el extrovertido de Armstrong el que hubiese pisado la luna por primera vez, qué hubieras dicho?

—Nada, a lo mejor, pediría que me transmitieran para allá una canción de un grupo pop africano y entonces me pondría a tararearla.

— ¿Un grupo pop africano?

—Pues sí. No llevaría banderas y me tiraría a dormir debajo de cualquier árbol.

—No hay árboles en la luna.

—Nadie lo sabe. Lo sabría yo porque sería el primero en caer allí.

—Da lo mismo. Vuelvo sobre la misma idea, en este caso imagínate a alguien que ve un programa de televisión donde los espectadores que rodean al *show* aplauden a una pareja que hace el amor de forma estrepitosa y a unos chicos que descueran a un gato vivo, los aullidos de la pareja se intercalan con espontaneidad en los del gato, eso es la música subrepticia que imaginaba Abdul Alhazred en su *Necronomicón*. Ese alguien que ve ese programa de televisión eres tú...

—No veo televisión.

—Hablamos de imaginar, estarías igual allí como espectador o desde tu casa.

—No insistas.

Llamé a la azafata que era más, o menos, una *flapper* alegre y faldicorta, le pedí, con mi mejor mueca, uno de esos cocteles que me hundirían en el abismo de todos los abismos.

El insigne escritor Oliva hablaba sobre el Gran Hermano en el Louvre.

Un zumbido interminable. Fingí dormir. La cautividad es un diente afilado. Lo peor es que la *flapper* te sugiera que cuando llegues puedas llamarla a tal número. El hotel es paradisiaco, una gran bañera, unos solomillos del tamaño de un toro, un balcón y desde allí un cielo sin fondo.

El insigne escritor Oliva dice que está cansado de ignorar a los débiles. Terminan por llevar su debilidad al estado del fingimiento. Él es de los fuertes, de los distinguidos en el país, de quienes controlan la mafia literaria nacional. Me importaba menos que entenderlo pero lo miré con lujosa bruma.

—Eres un débil —me atacó.

—Los hombres como tú nunca llegarán a la luna —contraataqué.

—Qué haríamos allí, plantar un cuadro de Mariano, tomarnos un ron oyendo Matamoros y esas cosas. Eso sería como soltar truenos en una galaxia civilizada a la que no entremos por falta de argumentos claves: no tener un mártir católico, no hacer pelis de ciencia ficción, no recitar en francés *Guantanamo*.

—Yo sé lo que harían allí, regar semillas de crack, un crack postizo,

claro, traerse un *ring* y allí enjaular a un par de combatientes enmascarados por la cerveza y por los infames poetas del país.

—Eres un flamante desquiciado.

—Gracias, pero entiendo el mundo por la furia de quienes me rodean.

Casi todos dormitaban en el avión, en la pantalla cercana un Sandokán ecológico hablaba de espías japoneses.

—Los actores de hoy no se leen el guión —le sugería una vuelta de tuercas, una salida de zonas venenosas.

Fue cuando escuchamos el estruendo, metálico, como si viniese un río de latones y chirriaran apoderándose de todo el aire.

Me sentí flotando, ¿lo estaba?, la azafata me guiñaba un ojo y con cínica sensualidad me decía que nos veríamos abajo. El insigne escritor Oliva desapareció de mi lado.

La misión era que la azafata cantara una canción y que después besara a los tímidos. Pero las cosas remotamente ocurren como uno piensa. Se acercaba un hombre con un navío de bebidas, detrás un niño. Siguieron después de mí como si no ocurriese algo extraordinario.

La azafata da una vuelta y se acurruca a mi lado. Los ruidos persisten, la marea metálica se acerca hasta que se hacen indistinguibles los demás sonidos, luego se convierten en eco, en tintineo, y eso se repite.

Miro a la azafata.

Me dice que está embarazada.

Dentro de su barriga un escarabajo recita a Ángel Escobar.

Eso dice.

Podía ser peor pero todo el mundo tiene una cosa en la barriga que habla. Yo, por ejemplo, mantengo vivo a un criminal llamado Billy. Para ser honesto, Billy no es un criminal cualquiera, no es criminal común, su crimen es construido por recuerdos, como si la osadía del acto fuese revelada a un sitio inferior. Billy es dialéctico, lo aclaro. Y bondadoso. A veces lo libero para impresionar a las muchachas.

Ella me dice que su escarabajo es astrológico. Es cuestión de la memoria, le replico.

Si te dicen que estoy muriendo porque no encuentro mi semejante, o porque lo encuentro y no es mi semejante, no creas en lo demás. La vida es búsqueda, le confieso a ella.

Voy hasta la puerta, sonrío, y veo al insigne escritor Oliva acercarse con toda lentitud, vestido de astronauta, su copa llena de coctel y una sonrisa de vencedor engreído.

La crítica: ¿Quién le pone el cascabel al látigo?

Frank Castell

Desde que la obra literaria se concibe el autor queda a merced de ojos críticos en una constante búsqueda de valores presentes o no. Por lo general al crítico se le ve como un escritor frustrado que trata de escudriñar en los misterios de la obra.

Oficio duro es encontrar las preguntas o respuestas que el autor deja y desmontar los textos con la mirada fría, sobre todo porque la escritura parte del compromiso del autor con la realidad y la acción crítica pudiera ser un elemento de enlace.

En Cuba la crítica ha permanecido en una suerte de letargo o juego de simulaciones durante mucho tiempo. Tal vez una visión paternalista-triunfalista por un lado, o la descarnada y condicionada por elementos ajenos a la obra, por el otro, evidencian el poco peso en la actualidad como género literario en algunas zonas del país.

La crisis de pensamiento crítico experimentada en Cuba tiene como



precedente factores políticos-culturales desde el propio triunfo de enero de 1959. Nacieron instituciones, periódicos y revistas que dinamizaron la vida sociocultural del país: **Lunes de Revolución, Casa de las Américas**. Sin embargo, tras una aparente fuerza y rigor con que un creciente número de intelectuales del mundo

se acercaron a dicho fenómeno cultural, llegó un período negro que sumió al pensamiento artístico en una sima.

Es difícil encontrar respuestas cuando los paradigmas adolecen de elementos de peso a la hora de asumir la aproximación a los fenómenos culturales de esta época. En los periódicos o revistas rara vez el crítico plasma con rigor sus pensamientos: espacios, factores ajenos que condicionan palabra tras palabra hacen poco verosímiles artículos o reseñas. Tal vez la cercanía al autor, el temor a marcar o señalar las incongruencias de la obra, o la falta de ética del crítico, hacen que se distorsione la idea y todo no sea más que una coreografía ensayada infinidad de veces.

No acepto a quienes hacen concesiones con la obra. El verdadero crítico se abre paso a contracorriente y se pierde o no en la marea. Graziella Pogolotti en su libro **Experiencia de la Crítica** define con cierta dosis de resignación:

“Planta parasitaria, intermediario, especie humana que no ha existido en todos los momentos de la historia, el crítico, más que cualquier otro trabajador de la letra, debe renunciar a los sueños de posteridad. Algunos quedarán para lectura de eruditos; otros, como ejemplo risible de la falta de comprensión de los contemporáneos ante una gran obra. El

porvenir está reservado para quienes logren elaborar una visión original articulada a una concepción del mundo, y para los creadores literarios.”

Celebro a quienes tienen el compromiso con la verdad, su verdad, y la defienden con ideas, no con la equívoca túnica de la ambivalencia. Para quien dedica su vida a la literatura, las trampas del oficio cada vez acechan más. Una vez un colega me dijo que tuviera cuidado con mis textos porque parecían tan bien escritos que daban la impresión de artificiosos. Fueron duras palabras que en ese instante no asimilé con seriedad, pero tiempo después me hicieron meditar y dar un giro extraordinario en mi poesía. Ese es el detalle: la crítica duele cuando no es lo que esperamos, pero es necesaria. Lo más terrible que puede tener un escritor es pasar inadvertido, ese es un golpe duro, no estremecer con la obra. Pero hay quienes prefieren mantenerse al margen de todo, necesitan ser intocables y, a veces lo logran. Considero que en La Tunas se adolece de crítica. Existen casos aislados que pudieran asumir el género con acierto. Pero no hay un movimiento reconocido, ni existe una plataforma con la seriedad y sistematicidad necesarias.

Entre ensayistas, narradores y poetas existe una simultaneidad. No abundan los críticos “puros”, lo cual

se nota en los trabajos. Muchos escritores coincidimos de mi promoción necesitaba de ensayistas contemporáneos. La idea sugería darnos a conocer y defendernos por nuestra propia cuenta porque a nadie le interesa más que a nosotros.

El compromiso del crítico es con el tiempo y su presencia es necesaria en el panorama cultural de cualquier país. A veces me asombro cuando veo que un libro sale a la publicidad y el autor ni se interesa en conocer qué se dijo sobre su obra porque desde ya asume un desacierto crítico. Pero si algo resulta difícil de digerir es lo relacionado a los premios de la crítica. Premios que se conceden a textos que apenas fueron objeto de valoraciones. Viene siendo la culminación de un proceso que marca la poca seriedad con que se asume aquí.

Desde siempre la complacencia y el amiguismo han rondado como fantasmas la existencia de escritores y libros. La circunstancia económica, el temor a represalias de cualquier índole siguen presentes. Es un mal difícil de erradicar, porque es lo que una clase de intelectuales ha asumido como oficio: doble moral, doble moneda. Aunque en los últimos tiempos ha habido ciertos atisbos de polémica, todavía es insuficiente. A mi memoria viene

una anécdota de Guillermo Vidal en un encuentro internacional de narradores celebrado en Guadalajara, en 1998. En una de las sesiones del evento un joven crítico masacró en minutos a figuras reconocidas con un trabajo demoledor, la voz del joven retumbaba en el recinto y solo era interrumpida por gritos de: Hijo de puta. Pero el investigador continuó sin inmutarse. Luego se fue sin despedirse. "Esa es la crítica que necesitamos aquí", me dijo.

Todo cuanto he dicho es para provocar a quienes ejercen y a quienes pudieran sumarse a este género. Existen espacios, canales de comunicación, solo se necesita abrir las puertas, a ratos clausuradas, para acercarse con profundidad al fenómeno cultural.

Michael H. Miranda, en un artículo de hondos matices sentenció: "La crítica primero tiene que ser expresión de diálogo, después veamos si su fin es la búsqueda de una supuesta imperfección que niegue elitismos e imponga conflictivizaciones. Y tal vez lo peor sea que mucho tiempo después de decirlo por primera vez, no acabamos de darnos cuenta de que la buena salud de la crítica será siempre síntoma de buena salud social."

Carlos Esquivel Guerra (Elia, 1968). Ha logrado varios premios nacionales e internacionales. Ha publicado más de veinte libros entre poesía, cuento y novela, entre ellos su más reciente *Café Lumière* (Poesía, Editorial Letras Cubanas, 2015).

Sonia Díaz Corrales (Cabaiguán, 1964) Ha publicado *Diario del Grumete* (poesía, Sed de Belleza Editores 1996 y Editorial Vigía 1997), *Minotauro* (poesía, 1997), *El hombre del vitral* (2010, novela) y *El puente de los elefantes*, (Editorial El Barco Ebrio 2012 y Editorial Capiro 2015, novela), entre otros. Reside en Santa Cruz de Tenerife

Luis Pérez de Castro (Pinar del Río, 1966) Ha publicado, entre otros, los libros *Nostalgia del ciclope*, (Editorial Libre Idea, México, 2004); *Mientras arde en silencio mi voz*, (Editorial Capiro, 2006); *Rapsodia del erudito*, (Editorial Capiro, 2007), *Epístolas de un loco*, (Editorial Mecenaz, 2007), y *Hansel*, (Sed de Belleza Editores, 2015).

José Alberto Velázquez (Las Parras, 1978). Ha publicado los poemarios *Yo desierto* (Ediciones Holguín, 2006) y *La burbuja heroica* (Poesía, Ediciones Orto, 2012), así como el libro de cuentos *Gestos brutales* (Editorial Sanlope, 2015).

Frank Castell (Las Tunas, 1976) Ha publicado, entre otros, los libros *Corazón de barco* (Poesía, Editorial Letras Cubanas, 2006) y *Fragmentos de Isla* (Poesía, Editorial Letras Cubanas, 2015).

Alberto Garrido Rodríguez (Santiago de Cuba, 1966) Entre sus libros se encuentran *La leve gracia de los desnudos* (Novela, Editorial Letras Cubanas, 1999); *El muro de las lamentaciones* (Cuento, Editorial Casa de las Américas, 2000) y *El círculo de los infieles* (Novela, Casa de Teatro, 2005)

Los autores son responsables de sus opiniones